

*Gilberto Gómez Ocampo**

**ISLANADA DE ELMO VALENCIA: RESPLANDOR
BEATNIK EN EL MOVIMIENTO NADAÍSTA****

ELMO VALENCIA'S ISLANADA AND THE BEATNIK'S RADIANCE IN THE NADAISTA MOVEMENT

* Ph.D en Literaturas Hispánicas, Washington University. Actualmente es Profesor Asociado de Español y Literatura Hispanoamericana en Wabash College (Estados Unidos). Correo electrónico: gomezg@wabash.edu

** Texto de la ponencia presentada por el autor en el congreso "Siglo XX: un siglo de intercambio cultural en las Américas". La Habana, Cuba (diciembre de 1999).

Resumen

Este ensayo estudia la novela *Islanada* de Elmo Valencia en el contexto de la irrupción nadaísta en la literatura colombiana, y sitúa esa novela en el panorama de los cambios estéticos y axiológicos que emparentaban al grupo nadaísta con el movimiento *beat* de los Estados Unidos. El ensayo propone que *Islanada* constituye un punto de entronque importante tanto dentro del sistema literario colombiano como dentro del *Zeitgeist* interamericano de los años sesenta.

Palabras clave: narrativa colombiana del siglo xx, Elmo Valencia, nadaísmo, movimiento *beat*, relaciones literarias Estados Unidos-Colombia

Palabras clave descriptor: Elmo Valencia 1926, crítica e interpretación, novela colombiana, historia y crítica, siglo xx, nadaísmo



Abstract

This essay studies Elmo Valencia's novel as a prime example of the innovative force of the *nadaísta* movement in Colombian literature. It places it within the panoply of aesthetic and axiological concerns that were common to both the Beatniks in the USA and the *nadaístas*. The essay proposes that the novel is a pivotal text both within Colombia's literary system and also when seen from the point of view of inter-American literary exchanges.

Key words: 20th century Colombian narrative, Elmo Valencia, Nadaísmo, Beat movement, United States-Colombia literary relations

Key words plus: Elmo Valencia 1926, criticism and interpretation, Colombian fiction, history and criticism, 20th century, nadaism

LA NOVELA *ISLANADA*, ESCRITA en 1968, pero inédita hasta 1996, aunque tuvo circulación restringida en forma de copias mecanografiadas y xerografiadas¹, constituye un valioso texto representativo de las importantes convulsiones que sacudieron a la literatura colombiana en la década de los años sesenta. En efecto, dicha obra de Elmo Valencia (seudónimo de Luis Ernesto Valencia [1926]) funge como una de las más poderosas protestas contra el *statu quo* cultural y literario en la Colombia de entonces. Como otros de sus compañeros en el movimiento nadaísta, del cual él hacía parte, *Islanada* acusa una actitud contestataria y decididamente antiburguesa, al mismo tiempo que presenta una crítica radical de la razón lógica que, para Valencia y otros, había conducido a Occidente a la crisis de la modernidad, de la cual este texto es un importante testimonio. Haciendo una velada referencia a dos clásicos de la literatura colombiana (*La vorágine* de J. E. Rivera [1924] y *Viaje a pie* de Fernando González [1929]) y tomando de ellos el tópico literario del viaje como metáfora para establecer un juego narrativo sobre el cual montar su aguda crítica, Valencia narra las experiencias de un grupo de jóvenes intelectuales y artistas, quienes, después de deambular por el país deciden, desencantados, optar por el retiro filosófico y alejarse de la sociedad, mudándose a una isla deshabitada en el Pacífico colombiano, a la que —en parte— alude el título de la novela. En mi análisis propongo que el texto de Valencia presenta importantes paralelos con la literatura *beat* estadounidense, en particular en su sentido de descontento antiburgués y en las concomitantes rupturas ideológicas y estéticas, presentando un notorio caso de relaciones culturales intra-americanas poco estudiado hasta ahora, en particular en lo que concierne a ese período².

Islanada

La novela de Valencia es un relato de 69 capítulos que varían de narrador, aunque la mayoría de ellos están presentados en primera persona desde el punto de vista de Leonardo, un joven antioqueño que más tarde conoce a un “profeta”, y se une a su grupo. Hay frecuentes variaciones del punto de vista narrativo que se dan sin transición y que tienen el efecto de circular la focalización narrativa a los diversos personajes que aparecen en el relato. La edición está precedida

1 La información biográfica sobre Elmo Valencia la obtuve en conversación telefónica con Armando Romero, el más joven de los miembros del grupo nadaísta, en octubre 18 de 1999.

2 Con posterioridad a la redacción de este trabajo ha aparecido el importante estudio de Diana Sorensen, *A Turbulent Decade Remembered: Scenes from the Latin American Sixties*, Stanford University Press (2007), que profundiza en esas similitudes y contrastes.

de “Dos prólogos para una novela negra”, uno de Gonzalo Arango, titulado “*Islanada*, la capital del paraíso”, y otro de Jotamario Arbeláez, “La obra cumbre del abismo-nadaísmo”, ninguno de los cuales está fechado. Precede a la novela una dedicatoria: “A mi hijo Esthephan Dédalus”. Parece bien sorprendente que una novela que desde siempre tuvo proporciones míticas en la cultura *underground* colombiana, por muchos años citada y referida en cónclaves literarios, haya permanecido inédita desde el año de su escritura, 1968 —año en que ganó el Primer Premio Nadaísta de Novela—, hasta su relativamente reciente publicación en 1996. Según Armando Romero, la editorial Big Bang, en la cual apareció, es inexistente y en realidad la edición habría sido costeadada por el propio Elmo Valencia³.

En su estudio del movimiento, Armado Romero se refiere a Elmo Valencia (también conocido por su apodo de “El Monje Loco”) como “uno de los más activos participantes del nadaísmo” (Romero, 78). Los datos personales de Elmo Valencia, nombre literario de Luis Ernesto Valencia, son territorio del mito y la especulación: quizá nacido en 1926, Valencia presuntamente habría estudiado ingeniería en los Estados Unidos y combatido en la Guerra de Corea en el ejército de aquel país. Se dice que fue millonario en una época, y que habría estado preso en Atlanta acusado de tráfico de drogas en 1974; la hija que tuvo con su esposa sueca parece que llegó a ganar algún reinado de belleza en esa nación escandinava. Casi no se conocen fotografías de Valencia, y algunas veces ha circulado la noticia de su muerte. De hecho, para la redacción de este trabajo consulté el banco informático “FirstSearch”, donde aún en mayo de 2008 aparecía el año 1968 como fecha de su muerte. Hasta hace poco, Elmo Valencia seguía con vida y residiendo y publicando en Colombia⁴. Parece pertinente, pues, examinar más de cerca una obra importante en el sistema cultural colombiano de los años sesenta y posteriores.

En su estudio sobre el nadaísmo, Romero identifica en la obra de Valencia una trayectoria inversa a la de los otros miembros del movimiento, “porque en él [...] en lugar de producirse una vanguardización paulatina de sus instrumentos creativos, hay una involución casi inexplicable” y, en cuanto a *Islanada*,

3 Conversación con A. Romero, octubre 18 de 1999. En posteriores averiguaciones, he corroborado ese dato, que también es cierto en cuanto a otras publicaciones de Valencia. También he sabido que la cadena de librerías Panamericana se ha rehusado a poner los libros de Valencia en sus estantes, prefiriendo obras de mayor circulación comercial.

4 En efecto, por lo menos hasta el 2005 era contertulio habitual en las mesas de ajedrez del segundo piso del Centro Cultural del Libro en Bogotá. Su obra más reciente es la colección de cuentos *El universo humano*, publicada por Xajamaia Editores en el 2001.

la valora negativamente como una obra en la que “sigue estructuralmente una línea convencional”, en lo que no le falta razón (Romero, 78-79). Cabría, además, añadir que el texto, de 360 páginas, llega a ser algo repetitivo hacia al final, y en efecto tiene una conclusión floja y algo anodina (que también se podría ver como consistente con la neurosis apocalíptica que caracteriza al grupo). Con todo y ello, quisiera proponer que, desde el punto de vista literario, el valor más alto de *Islanada* reside en los logros de su lenguaje narrativo más que en su estructura formal, en la que hay pocas innovaciones. De hecho, el lenguaje que Leonardo y los otros narradores usan es de refrescante irreverencia, heterodoxo, creativamente ofensivo y altanero, y aun así de una sutileza nada común en el contexto de la literatura colombiana de los años sesenta, con las consabidas excepciones. El lector de *Islanada* asiste a una fiesta de desafío verbal que se condice con la actitud de abierta rebelión que los nadaístas ofrecían a la sociedad y cultura colombianas. El nadaísmo, como indicaré más adelante, no tenía por cierto la consistencia programática o disciplina interna de un partido político o grupo cerrado ni reconocía líderes o desiderata ideológica distintos de exteriorizar el desencanto vital por lo que la tradición colombiana ofrecía: la *modorra hispanizante* de la intelectualidad bogotana, el énfasis en el lucro de la cultura antioqueña, la violencia endémica de los militares, el oscurantismo de la religión católica, el solipsismo de sus universidades, etc.

La escena inicial de *Islanada* muestra una pesada broma de escolares en la que Adán, un chico provinciano del pueblo de Andes, Antioquia (cerca de Medellín), pierde sus zapatos y en la que sus compañeros escolares amenazan con violarlo. Asustado, Adán corre a su casa. La pérdida de los zapatos es un problema serio, ya que a su padre, telegrafista, le han quitado su trabajo oficial debido a un cambio de gobierno. Adán escucha en la iglesia “las estimulantes palabras del padre: los revolucionarios y los ateos serán devorados por las llamas del infierno” (25)⁵. El ambiente que rodea la infancia de Adán es pesado y represivo. Esa escena inicial (un baño de unos escolares en un río), que podría ser casi bucólica, es violenta y amenazante; aunque la violación sexual no se consuma, persisten el temor y la ansiedad que llegan a un paroxismo; otro día, cuando el joven Adán “vio cómo la gente salía de sus casas gritando: ¡Mataron a Gaitán!” (26). Estos y otros detalles quizá permitan asumir que el “Adán” que Elmo Valencia presenta en su novela es una versión literaria de Gonzalo Arango, el fundador y principal figura del movimiento nadaísta. Y la referencia a Gaitán se fecha, por supuesto, el 9 de abril de 1948, quizá el momento

5 Elmo Valencia. *Islanada*. Bogotá: Editorial Big Bang, 1996. En adelante citaré por esta edición de manera parentética.

más crítico y dramático en la crítica y dramática historia de Colombia en el siglo xx (o quizá en toda su historia). Me parecen muy significativas dos cosas: que Valencia comience su versión del nadaísmo con esa referencia a la muerte de Gaitán y que el nombre que escoja para su fundador es “Adán,” el primer hombre como en la Biblia. Ese primer capítulo hace una referencia a otro heterodoxo importante en la cultura colombiana: “Pasado el susto [por la muerte de Gaitán], Adán comenzó a leer a Vargas Vila [...] ese escritor excomulgado” (29), y concluye con la mudanza de Adán a Medellín: “Esa noche, emocionado por el viaje, no pudo dormir. Al fin se iba a conocer la civilización” (31). En Medellín, “un pueblo de mercaderes” (33), Adán estudia derecho, forma parte de la Asamblea Constituyente (año 1957) y al fin decide “llenar un poco su vacío interior” comenzando “un errancia desalmada” y “andar como cometa loco por otros cielos” (43). Podemos identificar aquí dos importantes aspectos de la narrativa: 1) el descontento con el *statu quo* y 2) la necesidad de viajar para conocer “otros cielos”. La literatura *beat* estadounidense presenta idénticos motivos, especialmente la que se considera novela quintaesencial de viajes *beat*: *On the Road* (1957), de Jack Kerouac. En el caso del texto de Elmo Valencia, el narrador alude a dos importantes relatos de viaje en la literatura colombiana: *La vorágine* (1924), de José Eustasio Rivera, y *Viaje a pie* (1929), de Fernando González. En el primer caso, el narrador habla de una experiencia sexual en que “jugué mi inocencia y la perdí” (45), que modifica la conocida formulación verbal con que comienza *La vorágine* (“jugué mi corazón al azar y me lo ganó la violencia”). En el segundo caso, además de varias menciones a González en *Islanada*, la pregunta “¿Por qué caminar tanto joven de mirada triste? Porque el hombre no tiene sino sus dos pies y un camino que no conduce a ninguna parte” (44), es una referencia velada a *Viaje a pie*, la obra en que González narra su viaje por el país en busca de un sentido vital para su existencia. De modo semejante, el narrador de *Islanada* presenta a Adán como alguien que sufre de vacío interior: “[...] siento que mi alma está vacía” (46), y más adelante, “[...] puede que en Cali encuentre lo que mi alma vacía busca” (46). En Cali, Adán conoce a “un publicista atraído por la filosofía” (48) —quizá se trate de Jotamario— y finalmente se decide a fundar un movimiento:

Le quedaba fácil.

Le quedaba fácil fundar el Nadaísmo. ¿Acaso no lo había golpeado la vida? ¿No había mordido el polvo? ¿No había tragado gusanos? [...] Después de leer a los filósofos existencialistas, ¿no había sacado la conclusión de que hasta las gallinas dejan de poner huevos cuando están angustiadas y que se ve más a la luz de un fósforo que a la sombra de una hidroeléctrica? (51)

El movimiento que Adán funda prolifera en manifiestos, pero no tiene —como tampoco tuvieron los *beats*— apego a un cuerpo doctrinario y, por tanto, no había jerarquías internas o controles disciplinarios (aunque el movimiento se escindió más tarde a causa de diferentes nociones sobre los usos sociales y políticos de la literatura)⁶. Se trataba más bien de una serie de proclamas escandalosas y pirotécnicas, de las que nadie debía —ni entonces ni ahora— esperar la coherencia argumental que han pretendido las ideologías hegemónicas del siglo. Por ejemplo:

Dándose cuenta de la bancarrota en que se encontraba su espíritu, recogió todos sus libros y salió rumbo a la universidad [...] Congregó a los estudiantes [...] y vomitó estas expresivas palabras: Como hijo directo de Atila, Nerón, Eróstatro, Hitler, y todos los pirómanos de la historia, los invito a que quememos nuestros libros para probarle al mundo que desdeñamos el saber hereditario, pues no hay que creer en nada, ni siquiera en nosotros mismos. (53)

Es necesario anotar aquí que el desencanto de Adán no sólo atañe a su sociedad, sino que va más allá: “[...] traigan la historia de Heródoto, que toda historia es mentirosa; préndanle fuego a la enciclopedia, a la cábala, al catecismo; traigan la *Crítica de la razón pura* para volverla cenizas” (53). En efecto, un componente esencial del nadaísmo era su feroz denuncia de los excesos del racionalismo en la sociedad moderna, lo que constituye otra poderosa conexión con el movimiento *beat* de los Estados Unidos. En uno como en otro caso, se denuncia la deshumanización que supone el exceso de racionalismo, en particular cuando éste se aplica a las disciplinas sociales que buscan fomentar la mayor eficacia industrial y comercial. (Al cerdo que el grupo compra como mascota lo bautizan con el nada neutral nombre de “Descartes”). Como veremos más adelante, en uno como en otro movimiento el horizonte de paranoia está causado por lo que ellos percibían como la inminente hecatombe atómica que amenazaba al mundo. Precisamente, el intento de escapar a una hecatombe de la que sólo tienen vagas profecías los lleva a refugiarse en una isla desconocida del Pacífico. En su estudio sobre los *beatniks*, la crítica estadounidense Ann Charters apunta, por ejemplo, que la escritura de Allen Ginsberg presenta una “obsession with atomic fallout and radiation sickness” (Charters, xix). Agrega que los *beats*, “instead of obeying authority and conforming to traditional middle-class materialistic aspirations [...] dealt as best they could with what Holmes [John Clellon Holmes, escritor neoyorquino amigo de Kerouac] called

6 Concretamente, cuando en 1968 Arango aceptó la invitación del presidente Lleras Restrepo para hablar en la ceremonia de bautizo del buque insignia de la Armada, el *Gloria*.

their 'will to believe', even in the face of an inability to do so in conventional terms" (xx), un aserto que puede también describir a los nadaístas, quienes se proclamaban furiosamente anticatólicos. Por ejemplo, como informa Romero, ya en 1959, Gonzalo Arango escribe en el "Manifiesto al Congreso de Escritores Católicos" que "no somos católicos por respeto a nosotros mismos" (Romero, 4). Por otro lado, esa "voluntad de creer" conduciría al interés en otras formas de religión, como el budismo zen, tanto entre *beats* como entre nadaístas.

El movimiento nadaísta

Como se desprende de lo presentado hasta aquí, el movimiento nadaísta constituyó un poderoso desafío a todos los grupos de poder en Colombia, en especial a aquellos que derivaban su autoridad de la tradición, como el estamento literario. Inicialmente activo en Medellín, luego en Cali, y sólo entonces en Bogotá y otras ciudades, el nadaísmo fue contestatario y anárquico, y explícitamente evitó convertirse en escuela o modelo. Dos citas de Eduardo Escobar, otro de los miembros fundadores del grupo, nos permiten ilustrar lo dicho: "Yo ni siquiera sé nadar. En compensación me afilié nadaísta. Que entonces era la forma más expedita de la desafiliación" (Escobar, 28). Escobar indica que, en las giras poéticas por el país y en las conversaciones con miembros del público, "alguno volvía a poner en la ruta la arcaica pregunta rastreadora: ¿Qué es el nadaísmo? Yo qué iba a saber. Yo contestaba cualquier cosa. (Lo primero que te pase por la cabeza, eso es)" (citado en Romero, 30). Gonzalo Arango, en el "Primer manifiesto nadaísta", de 1958, describía "la economía del país, las universidades, la religión, la prensa y demás vehículos de expresión del pensamiento" como "nuestros enemigos", pero anunciaba: "[...] renunciamos a destruir el orden establecido. Somos impotentes. *La aspiración del nadaísmo es desacreditar ese orden*" (citado en Romero, 37; el énfasis es mío). Romero sostiene que "[en Colombia] no existió un movimiento de vanguardia, como tal, en la historia de la literatura colombiana hasta la aparición del nadaísmo" (9), tesis que, por cierto, compartimos del todo, y que, por cierto, necesariamente hace de los nadaístas vanguardia y no transvanguardia.

El crítico Jaime Mejía Duque testimonia la fuerza de la rebelión nadaísta: "Cuando el movimiento fue proclamado y luego, cuando su fundador llegó a Bogotá con su lustrosa melena [...] en el café *El Automático* [...] empezó a leer su 'manifiesto' escrito en un rollo de papel higiénico [...] nadie que se tuviese por 'moderno' quiso o se atrevió a pronunciarse en su contra" (Mejía, 65). El ensayo de Mejía Duque observa la rebeldía del nadaísmo desde un punto de vista ortodoxo marxista, según el cual lo que él llama su "incoherencia doctrinaria y estilística" se

agota en el gesto, negándoles —por supuesto— verdadero carácter rebelde, aunque contextualiza —en nuestra opinión correctamente— el trasfondo social y *conductal* de esa rebelión, al definir la parte andina de Colombia, escenario principal de las correrías nadaístas, como “la región culturalmente más fúnebre del planeta, perversa y a la vez sumisa, siempre oscilando de la penitencia a la masacre” (65).

El parentesco con los beatniks

Tanto el movimiento *beat* en los Estados Unidos, como el nadaísmo en Colombia (y quizá también, con sus peculiaridades específicas, el existencialismo francés y, a su manera, los “Angry Young Men” y los “Kitchen-Sink Writers” británicos) responden a la crisis espiritual y cultural a que desembocó el triunfalismo de la segunda posguerra y poco después las difíciles opciones a que obligaba la Guerra Fría. Parece evidente que las nuevas generaciones no encajaban, o no querían encajar, en la drástica disyuntiva de un mundo bipolarizado. Ambos lados de la cortina de hierro, a pesar de la aparente inmensidad de las distancias ideológicas que los separaban, en realidad estaban unidos en la similitud del imperio de la razón eficiente. Ambos lados disciplinaban a sus poblaciones en una economía de guerra en la que no había lugar para la disidencia. La pesadilla homogeneizante de los Estados Unidos, con toda su represión libidinal en los años cincuenta (paralela, en algunos sentidos, a la represión ideológica de la antigua Unión Soviética) es un ejemplo de ello. En América Latina, la transición a economías urbanas estuvo marcada por esos modelos. Es en este momento que podemos articular las similitudes entre el movimiento de los *beats* y el nadaísmo. Quiero aclarar que no busco explicar el nadaísmo colombiano como una provincia de aquél, o como un “influjo”, sino más bien, en una primera instancia, como la modalidad específica que adquirió en Colombia el malestar espiritual de la posguerra a que hacía referencia antes. Mejía Duque, empero, afirma: “Es abusiva la comparación de los nadaístas con los ‘iracundos’ ingleses de la segunda posguerra”, y los asimila a lo que llama el “ingenuo maniqueísmo” de los *beatniks* (61). Aunque un poco malintencionada, la observación de Mejía es correcta en lo que se refiere a la afinidad de los nadaístas con los *beatniks*⁷.

7 Lo es más aún si comparamos el movimiento colombiano con los resultados de una encuesta informal acerca del significado del movimiento *beat* que el escritor Stanley Fisher llevó a cabo en 1960. Fisher resumió los resultados así:

1. A formal desperation which became a rebellion against all political and literary forms.
2. A new concept instinctively arrived at -a personal attitude that isn't in our vocabulary.
3. Very tired people —tired of living before one has started living, not being corny, ... cool. (Citado en Charters, xxiv)

Cabe mencionar también otra característica del nadaísmo que es quizá más específicamente colombiana, y es el nadaísmo como la forma de vanguardia que la cultura colombiana nunca tuvo. Éste es precisamente el punto de vista de Armando Romero en su obra ya citada (*El nadaísmo colombiano o la búsqueda de una vanguardia perdida*, 1988). Romero hace un recuento de la problemática recepción de las novedades vanguardistas por parte de una *intelligentsia* protocastiza e hispanizante, católica y regresiva, que dominaba la producción, la diseminación y el consumo de la literatura en el país. Aunque la obra de León de Greiff y por lo menos parte de la de Luis Carlos López, Fernando González y Luis Vidales podrían asimilarse a la vanguardia, no fueron, sin embargo, suficientes para cambiar de modo radical el contexto de una cultura pesadamente inamovible, tal como la cultura colombiana. Uno de los muchos ejemplos de esa inmovilidad que pueden citarse es la traumática recepción en el país de la pintura impresionista, primero, y de la abstracta después: todavía en los años veinte se atacaba a aquélla profusamente por parte de intelectuales tanto conservadores —por ejemplo Tomás Carrasquilla— como de ideología liberal —por ejemplo Fernando Hinestroza, el “liberal” rector de la Universidad Libre—. No sería hasta los años cincuenta cuando la lucha incesante de Marta Traba comenzara a mellar en el retardatario panorama de las artes plásticas colombianas, y el arte abstracto ganara aceptación entre el público colombiano. Una anécdota ilustra la fuerte pulsión conservadora de la cultura colombiana: el padre de Eduardo Escobar, el poeta nadaísta, instauró una demanda judicial en la inspección de policía de Envigado (cerca de Medellín) contra Picasso, acerca de quien, según escribe Escobar, “sostenía con entereza que era un simple embadurnador de mamarrachos” y creía que “el arte verdadero se acabó con la llegada de Picasso” (Escobar, 62 y 65).

En conclusión, podemos anotar, teniendo en mente las páginas finales de *Islanada* (ya descritas aquí como insatisfactorias desde el punto de vista de la narrativa) que, si bien el apocalipsis temido se materializa, éste es al mismo tiempo destrucción y redención, porque evita la permanencia de otras formas culturales contra las cuales el nadaísmo reacciona. El haberse refugiado en esa isla perdida del Pacífico no garantiza el sustraerse a la situación de conflicto y violencia que aqueja(ba) al resto de la sociedad: no hay escape posible. La isla es destruida, y el proyecto utópico aplastado. Esa isla utópica en el Océano Pacífico colombiano, donde Adán y los otros personajes se refugian, es un sitio al cual la razón y la lógica no habían sido invitadas (de hecho, en un exceso de sarcasmo, “Descartes”, el cerdo mascota, cumplía las funciones de alcantarillado público). Si bien al final su destrucción (¿atómica?) era quizá inevitable, podemos imaginar que el espíritu nadaísta flota sobre los escombros de esa isla imaginaria como

sin duda sigue flotando sobre los escombros tangibles, verdaderos y macabros de la Colombia de hoy: la imperiosa necesidad de la crítica radical del pasado que, sin ningún método, proponían los nadaístas hace cuatro o cinco décadas no ha perdido vigencia. Parece claro entonces que la publicación de *Islanada*, con treinta años de retraso, en otra impasible ironía, es del todo oportuna. ❧

Obras citadas

- Charters, Ann (ed.) *The Portable Beat Reader*. Nueva York: Penguin, 1992.
- Escobar, Eduardo. *Nadaísmo crónico y demás epidemias*. Bogotá: Arango, 1991.
- Mejía Duque, Jaime. “El ‘nadaísmo’ o las astucias del orden”. *Literatura y realidad*. Medellín: Oveja Negra, 1976.
- Romero, Armando. *El nadaísmo colombiano o la búsqueda de una vanguardia perdida*. Bogotá: Tercer Mundo, 1988.
- Sorensen, Diana. *A Turbulent Decade Remembered: Scenes from the Latin American Sixties*. Stanford University Press, 2007.
- Valencia, Elmo. *Islanada*. Bogotá: Editorial Big Bang, 1996.

